

ABEJA ESPAÑOLA.

NUM. 72. Domingo, 22 de Noviembre. 5 qtos.

CONVERSACION

entre *D. Ambrosio* y *D. Antonio*.

D. Ambrosio ¿Que hay de bueno, Sr. *D. Antonio*?

D. Antonio. ¡De bueno! vd. se chancea!

D. Amb. ¿Ha leído vd. *el amigo de las leyes*?

D. Ant. Sí, Sr., y me ha puesto de malísimo humor.

D. Amb. A fe que tampoco á mí me ha hecho buen estómago... que! lo mismo sería pensar que los franceses se arrimaban, que cada qual tomara las de *V...zo*; y luego óigalos vd.... será necesario darles gracias.

D. Ant. Yo me consumo, no puedo resistir...

D. Ambr. Hombre de Dios, déxelo

vd... que rueda la bola , que ella parará y entónces...

D. Ant. Y entónces, quando quizá no tenga remedio , ¿que nos importa que lloren y maldigan los que ahora interumpen los grandes negocios con negocios de su peculiar interes , y con intriguillas miserables — ?

D. Amb. ¿Y que hemos de hacerle? ¿Hemos de luchar á brazo partido con los que no piensan como nosotros? ¿No se ha clamado ya bastante? ¿No se ha dicho clarito lo que nos conviene? ¿No es una locura apesadumbrarse por negocios que no se pueden remediar?

D. Ant. Sí, amigo; vd. dice bien, pero la patria , la amada patria... ¿quien podrá ser insensible á su pérdida!

D. Amb. La patria, señor *D. Antonio*, ¡ay , que nombre tan dulce! pero yo no sé si hay patria donde no hay virtudes...

D. Ant. Es verdad: la patria de muchos es su vientre, es su conve-

niencia, es su vil interes.....

D. Amb. Ved, amigo, por qué hay tanto patriotismo de labios, y tan poco de corazon: con lo primero se engaña á los tontos, se hace negocio; y con lo segundo se expone todo, se sacrifican los propios sentimientos, y la vida si es menester; y esta moneda escasea mucho.

D. Ant. Veinte años de degradacion, ¿que habian de producir sino egoistas, dilapidadores, cobardes, malvados de toda especie....?

D. Amb. ¡Sin duda! Era dificil que las ideas de libertad no hubiesen hallado una oposicion tenaz en circunstancias tan calamitosas: el error mantenía en opulencia á muchos, y para condenarle era menester ser muy generosos....

D. Ant. ¿Y vd. cree que con las antiguas viciosas instituciones podiamos salvarnos?

D. Amb. ¿Que locura! Si ellas nos han perdido, ¿como habia yo de esperar de ellas el remedio?

D. Ant. Y esas gentes que tanto contradicen las nuevas no, ven....

D. Amb. Sí, señor; ven que son buenas, pero no les acomodan, á unos porque con ellas no pueden medrar; y á otros por que quieren ser esclavos para mandar á otros mas esclavos; y en fin, á la mayor parte porque no estan muy purificados, y temen que la luz tarde ó temprano les ha de presentar tales, quales son..

D. Amb. Tiene vd. razon....

D. Ant. ¿Pero, señor, que se hace?

D. Amb. Hombre, bastante se ha hecho: ¡oxalá se practicase puntualmente....!

D. Ant. Pues, Sr. D. Ambrosio, aun no se ha hecho nada, pues mandar, poco cuesta: hacerse obedecer es lo principal.

D. Amb. No piense vd. en eso: si no se adelanta nada: no sea vd. niño... hablemos de otra cosa. ¿Ha leído vd. los periódicos de hoy?

D. Ant. Algunos.

D. Amb. ¿Y qué dicen el *Procura-*

ador y el *Diario del Sr. Marques?*

D. Ant. Lo de siempre: *fracmasones, y Voltaire, y Rey de Prusia,* y qué se yo que mas.

D. Amb. ¡Pobre patria!

D. Ant. Sí señor, en esto se nos pasa el tiempo; y lo peor es que los desdichados pueblos se aniquilan de dia en dia.

D. Amb. Dios lo remedie todo, y nos abra los ojos para evitar el espantoso precipicio en que podemos caer.

LA SOMBRA

DE RICO VILLADEMOROS.

La mano compasiva del sueño habia cerrado mis párpados: mi alma reposaba tranquila, quando una vision ocupó mi fantasía. Un salon rodeado de urnas sepulcrales se presentó á mis ojos: levantóse la losa de uno de aquellos monumentos dedicados al descanso de los muertos: un hombre de aspecto grave, ador-

nado con la toga, salió mesuradamente de él, y poniéndose en pie, así me habló: “Mortal, quien quiera que seas, respeta á uno que fué desdichado en el mundo que habitas. Yo soy *Rico Villademoros*, yo morí en un patíbulo para escarmiento de los hombres: mi destino me hizo servir á los enemigos de la patria.... ¿Han sufrido mi suerte todos los que obraron como yo? Respóndeme, no te intimides. A este lugar de reposo, donde el fausto y el brillo mundano se reducen á polvo y ceniza, no han descendido sus manes. ¿Existen aun?” Trémulo y confuso no sabia que responderle: infeliz, exclamé lleno de susto y lágrimas, reposa en paz, nada te interesan ya los negocios de un mundo perecedero: el Autor supremo de la naturaleza juzgará á los demas.... Esto decia yo, quando lanzando un profundo suspiro prorumpió el desgraciado: “¡Ay hijos míos! ¡dulces y tiernos objetos de mi amor! ¡ay ama-

da compañera de mis penas y placeres! el luto, el llanto, la desesperacion os rodean por todas partes....
 ¡Este infeliz os hizo infelices para siempre!.... ¡Dios mio! ¿Qual es la suerte de mis cómplices....? ¿Viven...?
 ¿Estan acaso mezclados con los varones fuertes que desafiaron á pecho descubierto la tiranía de un advenedizo? ¿Que mas hize yo que lo que hicieron muchos de mis compañeros? y yo morí afrentado, y afrenté á mis hijos, dexándoles por herencia la exêcracion que sigue á los traidores hasta el pavoroso descanso de la *tumba*: y ellos....”
 Anegado en lágrimas veia y escuchaba los ademanes y las doloridas quejas del desventurado *Rico Villademoros*, quando saliendo de mi ilusion conóci que habia soñado.

OCURRENCIA.

Oyendo uno declamar en el agosto Congreso contra el cuitado *Diccionarista*, y condolido de que se pretendiese que la *soberanía nacional* tomase parte en un asunto tan odioso y tan ageno de sus atribuciones, prorumpió en aquellos célebres versos del *Anciano*:

“¿ Donde están los altos pechos
Que en las Córtes de la patria
Su dignidad sostenian
Y sus sanciones dictaban?”

Cádiz. Imprenta Patriótica. 1812.